

## EL CULTO, UNA PREPARACIÓN PARA LA VENIDA DE CRISTO

*Tus ojos contemplarán al Rey en su belleza:  
verán una tierra que se extiende muy lejos (Isaías 33,17)*

Cada año que pasa nos trae las mismas advertencias una y otra vez, y ningunas más impresionantes, quizás, que aquellas que vienen en esta época [de adviento]. La misma escarcha y el frío, la lluvia y la oscuridad que cae sobre nosotros, presagian los últimos días tristes del mundo, y brota en los corazones religiosos el pensamiento acerca de ellos. El año se desgasta. La primavera, el verano y el otoño han traído sucesivamente sus dones y han hecho todo lo que podían, pero se han acabado y ha llegado el fin. Todo pasó y se fue, todo ha decaído, todo se ha saciado, estamos cansados del pasado, ya no queremos más las estaciones, y el tiempo austero que sigue, aunque es ingrato al cuerpo, está a tono con nuestros sentimientos, y es aceptable. Tal es el estado de ánimo que corresponde al fin de año<sup>1</sup>, y se parece al estado de ánimo que llega sobre buenos y malos al final de la vida. Han llegado los días en los que no encuentran placer, pero difícilmente querrían ser jóvenes otra vez si pudieran serlo con sólo desearlo. La vida es suficientemente buena a su modo, pero no satisface. Por eso el alma se lanza al futuro, y en la medida en que su conciencia está limpia y su percepción es penetrante y verdadera, se alegra solemnemente de que “la noche ha pasado y el día está encima”, de que llegan “nuevos cielos y una nueva tierra”, aunque estén acabándose los anteriores. Más aún, porque se están acabando pronto “contemplará al Rey en su belleza”, y “verá una tierra que se extiende muy lejos”. Estos son los sentimientos para hombres santos en el invierno y en la vejez: esperar, quizás con algún desaliento pero con consuelo al fin, con calma pero fervorosamente, la venida de Cristo.

Y también son estos los sentimientos con los que venimos a rezar ante El día a día. La época es fría y oscura, y el aire de la mañana es húmedo, y los fieles son pocos, pero todo esto conviene a los que profesan ser penitentes y afligidos, vigilantes y peregrinos. Es más querida para ellos esa soledad, más alegre ese rigor, y más luminosa esa oscuridad, que todos esos auxilios y aparatos de lujo con los que se intenta hoy día hacer menos desagradable la oración. La verdadera fe no busca comodidades. Sólo se queja cuando está prohibido arrodillarse, cuando se reclina sobre almohadones, o es protegida por cortinados y rodeada cálidamente. Su único infortunio es que se le impida o sea ridiculizada cuando se pone como pecador ante su Juez. Los que se dan cuenta de ese Día terrible cuando vean cara a cara a Aquel cuyos ojos son como llamas de fuego, insistirán tan poco en rezar amenamente ahora, como no pensarán hacerlo entonces.

Un año se va tras otro, pero se repiten las mismas advertencias. El frío o la lluvia llegan de nuevo, la tierra se desviste de su brillo, y no hay nada para alegrarse. Entonces, en medio de la inutilidad de tierra y cielo, vuelven las palabras bien conocidas, se lee al profeta Isaías, las mismas lecturas de la Epístola y el Evangelio nos

---

<sup>1</sup> Debemos ubicarnos en el invierno que corresponde al fin de año del hemisferio norte.

mandan “despertar del sueño” y recibir a Aquel “que viene en nombre del Señor”, y la misma oración colecta le suplica que nos prepare para el juicio. ¡Benditos aquellos que obedecen a estas voces de alerta, y esperan a Aquel a quien no han visto, porque “aman Su aparición”!

No podemos hacer reflexiones más adecuadas para esta época que las que he comenzado. Cuál puede ser el destino de otros órdenes de seres no lo sabemos, pero sí sabemos que esta es nuestra tremenda herencia: tenemos ante nosotros un tiempo en el que veremos cara a cara a nuestro Creador y Señor. No conocemos lo que está reservado para otros seres; debe haber algunos que no sabiendo nada de su Creador nunca serán llevados ante El. Lo que podemos decir es que este debe ser el caso del mundo animal. Debe ser la ley de su naturaleza que vivan y mueran, o sigan viviendo por un período indefinido, en los mismos alrededores de Su gobierno, sostenidos por El, pero sin que se les permita conocerlo o aproximarse a El. Pero este no es nuestro caso. Nosotros estamos destinados a llegar ante El, más aún, a llegar ante El en un juicio, y ese será nuestro primer encuentro, y de repente. No seremos sólo premiados o castigados, sino que debemos ser juzgados. La recompensa no vendrá por de nuestras acciones, no por el mero curso general de la naturaleza, como es ahora, sino desde el Legislador mismo en persona. Debemos estar ante Su justa presencia, y uno por uno. Tendremos que resistir Su ojo santo y escrutador uno por uno. Ahora estamos en un mundo de sombras. Lo que vemos no es sustancial. De repente se rasgará en dos y se desvanecerá, y aparecerá nuestro Creador. Y entonces, digo, esa primera aparición será nada menos que una interrelación personal entre el Creador y cada creatura. El nos mirará, mientras nosotros le miramos.

Apenas necesito citar, a modo de prueba, algunos de los numerosos pasajes de la Escritura que nos dicen esto, pero hacerlo puede grabar en nuestros corazones la verdad. Se nos dice expresamente que los buenos y los malos verán a Dios. Por un lado, dice el santo Job: “Tras mi despertar me alzaré junto a El, y con mi propia carne veré a Dios. Yo, sí yo mismo le veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro” (Job 19,26-27). Por otro lado, el injusto Balaam dice: “Le veo, pero no como presente, le contemplo, mas no de cerca: una estrella sale de Jacob, y de Israel surge un cetro” (Num 24,17). Cristo dice a sus discípulos, “Erguíos y levantad la cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lc 21,28), y a sus enemigos, “Desde este momento veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo” (Mt 26,64). Y está dicho en general de todos los hombres, por un lado, “Ved, viene con las nubes, y le verán todos los ojos, y aun los que le traspasaron; y harán luto por Él todas las tribus de la tierra” (Apo 1,7). Y por otro lado, “Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es” (1 Jn 3,2). “Ahora miramos en un enigma, a través de un espejo, mas entonces veremos cara a cara” (1 Cor 13,12). “Verán Su rostro, y el Nombre de Él estará en sus frentes” (Apo 22,4).

Y así como ellos le verán, así Él les verá a ellos, pues Su llegada será para juzgarlos. Dice San Pablo, “Todos debemos aparecer ante el tribunal de Cristo”, dice San Pablo (2 Cor 5,10). “Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo; pues escrito está: ‘Vivo Yo, dice el Señor, que ante Mí se doblará toda rodilla, y toda lengua ensalzará a Dios. De manera que cada uno de nosotros ha de dar a Dios cuenta de sí mismo” (Rom 14,10-12). Y también, “Cuando el Hijo del hombre vuelva en Su gloria, acompañado de todos Sus ángeles, se sentará sobre Su trono de gloria, y todas las

naciones serán congregadas delante de Él, y separará a los hombres, unos de otros, como el pastor separa la ovejas de los machos cabríos” (Mt 25,31-32).

Así es nuestro primer encuentro con nuestro Dios, y digo que será tan repentino como personal. “Vosotros mismo sabéis perfectamente”, dice San Pablo, “que como ladrón de noche viene el día del Señor. Cuando digan: ‘Paz y seguridad’, entonces vendrá sobre ellos de repente la ruina” (1 Tes 5, 2-3). Esto se dice de los malos, pero en otra parte se dice que El sorprenderá tanto a los buenos como a los malos: “Como el esposo tardaba”, las vírgenes sabias y necias, “todas sintieron sueño y se durmieron. Mas a medianoche se oyó un grito: ¡He aquí al esposo! ¡Salid a su encuentro!”(Mt 25, 5-6).

Ahora bien, cuando viene a nuestra mente este estado de cosas, esta perspectiva que está ante nosotros, nos lleva a preguntar: ¿esto es todo lo que se nos dice, todo lo que se nos concede, o se hace por nosotros? ¿Sabemos sólo que todo se oscuro ahora y que será luminoso entonces, que ahora nuestro Dios está escondido y un día será revelado, que estamos en un mundo de sentidos y estaremos en un mundo de espíritus? Pues seguramente es de sencilla sabiduría, un deber ineludible, prepararnos para este gran cambio, y si es así, ¿hay algunas directivas, señales, o reglas que nos digan *cómo*? “Prepárate para encontrarte con tu Dios”, “sal a su encuentro”, es lo que dicta la razón natural, tanto como la inspiración. ¿Pero *cómo* debe ser esto?

Observad que es una respuesta insuficiente decir que debemos esforzarnos por obedecerle para acreditararnos ante Él. Esto sería, por cierto, suficiente si la recompensa y el castigo se siguieran del modo natural como ocurre en este mundo. Pero cuando consideramos seriamente el asunto, comparecer ante Dios, y estar en Su presencia, es una cosa muy diferente a ser meramente sometidos a un sistema de leyes morales, y pareciera que requiere otra preparación, una especial preparación de pensamiento y afectos, que nos haga capaces de resistir Su rostro, y mantener una comunión con El como debemos. Más aún, puede ser una preparación del alma misma para Su presencia, como el ojo corporal debe ser ejercitado en orden a soportar la plena luz del día, o todo el cuerpo para exponerse al aire.

Pero sea o no sea este un modo seguro de razonar, la Escritura excluye su necesidad al decirnos que la Alianza del Evangelio intenta, entre otros propósitos, prepararnos para ese futuro glorioso y maravilloso destino, la visión de Dios, un destino que si no es muy glorioso será muy terrible. Y es en el culto y la celebración a Dios Todopoderoso, que Cristo y Sus Apóstoles nos han dejado, donde se nos conceden los medios morales y místicos de aproximarnos a Dios, y aprender gradualmente a resistir la visión de El.

Este es, ciertamente, la razón más trascendental para el culto religioso, si queremos tener fundamentos para considerarlo verdadero. Los hombres preguntan a veces porqué necesitan *profesar* la religión, porqué deben ir a la iglesia, porqué tienen necesidad de observar ciertos ritos y celebraciones, porqué necesitan vigilas, orar, ayunar y meditar, porqué no es suficiente ser justo, honrado, sobrio, benevolente, y virtuoso de otra manera. ¿No es este el verdadero y real culto a Dios? ¿No es el pensamiento y la conducta el modo más aceptable de aproximarnos a Él? ¿Cómo pueden agradarle sometiéndose a ciertas formas religiosas y tomando parte en ciertos actos religiosos? Y si deben hacerlo, ¿por qué no pueden elegir las propias formas y

actos? ¿Por qué deben venir a buscarlos a la iglesia? ¿Porqué deben participar de lo que la Iglesia llama sacramentos? Respondo que deben hacerlo así, primero de todo y especialmente porque Dios les dice que lo hagan. Pero además, señalo que Vemos esta simple razón: porque tendrán un día que cambiar su estado de ser. No deben estar aquí para siempre. La relación directa con Dios ahora, la oración y cosas semejantes, pueden ser necesarias para un encuentro apropiado con El en el futuro, y una relación directa de Su parte con ellos, lo que llamamos comunión sacramental, puede ser necesaria en algún modo incomprensible, para preparar su misma naturaleza a resistir la visión de El

Tengamos esta manera de ver el culto religioso: es “salir al encuentro del Novio”, que si no se ve “en su belleza” aparecerá en un fuego consumidor. Además de sus otras razones importantes, es una preparación para un acontecimiento tremendo que un día tendrá lugar. Lo que sería encontrarnos con Cristo en seguida y sin preparación lo podemos aprender por lo que les pasó a los apóstoles cuando les manifestó Su gloria de repente. San Pedro dijo “apártate de mí, Señor, porque que soy un pecador”(Lc 5,8), y San Juan “cuando le vio, cayó a Sus pies como muerto” (Apo 1,17).

Siendo así las cosas, ciertamente es muy misericordioso de parte de Dios que nos conceda los medios de preparación que Él mismo ha señalado verdaderamente. Cuando Moisés bajó del monte y la gente quedó deslumbrada por su rostro, él se puso un velo para cubrirlo. Ese velo ha sido de tal modo removido en el Evangelio, que nos encontramos en un estado de preparación para que lo sea del todo. Estamos con Moisés en el monte de tal modo que tenemos una visión de Dios, y estamos con el pueblo debajo de tal modo que Cristo no se muestra visiblemente. Se ha puesto un velo, y está sentado entre nosotros silenciosa y secretamente. Cuando nos aproximamos a Él lo sabemos sólo por la fe, y cuando Él se nos manifiesta es sin que podamos darnos cuenta.

Así es el espíritu con el cual deberíamos venir a todas Sus celebraciones: considerándolas como anticipaciones y los primeros frutos de la visión de Él que un día ocurrirá. Cuando nos arrodillamos para orar en privado pensemos: así me arrodillaré un día ante Sus mismos pies, con mi cuerpo y sangre, y Él estará sentado al lado mío también con su cuerpo y sangre, pero divinos. Vengo con el pensamiento de esa hora tremenda ante mí, vengo a confesarle a Él mi pecado ahora, para que me lo perdone entonces, y digo: “¡Oh, Señor, Santo Dios, Santo y Fuerte, Santo e Inmortal, líbranos en la hora de la muerte y en el día del juicio, Oh Señor!”.

Así también, cuando venimos a la iglesia digamos: Vendrá el día en que veré a Cristo rodeado por Sus santos ángeles. Seré llevado en medio de esa santa compañía, en la que todo será puro y luminoso. Vengo, entonces, para aprender a resistir la visión del Santo y de Sus servidores, para animarme a una visión que antes de ser extática es temible, y que solamente la gozarán los que nos sean consumidos por ella. Cuando los hombres tienen que experimentar alguna cosa grande, se preparan de antemano pensando a menudo en ella, y llaman a esto hacerse a la idea. Tratan de familiarizarse con cualquier problema inusual. El coraje es un paso necesario para lograr ciertos bienes, y el coraje se logra pensando seriamente. Los niños son miedosos y cierran los ojos ante la visión de algún guerrero poderoso o algún rey glorioso. Y cuando Daniel vio al Ángel, como San Juan, dice: “mi rostro mudó de color y se desfiguró, y no tuve más vigor” (Dan 10,8). Vengo, pues, a la iglesia porque soy un heredero del cielo. Es mi deseo y mi esperanza tomar posesión algún día de mi herencia, y vengo para prepararme

a ello, y no quiero ver el cielo todavía porque no podría soportarlo. Se me concede estar en él sin verlo para que pueda aprender a verlo. Y con los salmos y los cánticos sagrados, con la confesión y la alabanza, aprendo mi parte.

Y lo que es verdad de los actos religiosos ordinarios, públicos y privados, lo es de un modo más elevado y especial respecto a los ritos sacramentales de la Iglesia. En ellos se manifiesta en mayor o menor medida ese Salvador Encarnado que será un día nuestro Juez, y que está haciéndonos capaces de resistir Su presencia de entonces dándonosla en cierta medida ahora. Un fino velo se extiende entre este mundo y el venidero. Nosotros, hombres mortales, lo recorremos de arriba abajo, de aquí para allí, y no vemos nada. No hay acceso a través de él al mundo venidero. En el Evangelio este velo no es removido; permanece, pero aquí y allí se nos dan maravillosas revelaciones de lo que está detrás. Por momentos parece que vislumbráramos una Forma que veremos en el futuro cara a cara. Nos aproximamos, y a pesar de la oscuridad, nuestras manos, o nuestra cabeza, o nuestra frente, o nuestros labios se hacen como sensibles al contacto de algo más que terrenal. No sabemos donde estamos, pero hemos estado bañándonos en el agua, y una voz nos dice que es sangre. O tenemos una marca que signa nuestras frentes, y habla del Calvario. O hemos recordado una mano que tocaba nuestras cabezas, y ciertamente tenía la marca de los clavos, y parecía la de Aquel que al tocar daba la vista a los ciegos y resucitaba a los muertos. O hemos estado comiendo o bebiendo, y no era ciertamente un sueño que Alguien nos alimentaba de Su costado herido y renovaba nuestra naturaleza con la comida celestial que nos daba. Así, de muchas maneras, el que es nuestro Juez nos prepara para ser juzgados. El que nos va a glorificar nos prepara para ser glorificados, de modo que no nos tome desprevenidos, y estemos preparados cuando suene la voz del Arcángel y seamos llamados al encuentro del Novio.

Considerad ahora qué luz arrojan estas reflexiones sobre algunos textos importantes de la Carta a los Hebreos. Si tenemos en el Evangelio esta aproximación sobrenatural a Dios y al mundo futuro, no debe sorprender que San Pablo lo llame “iluminación”, “gustar del don celestial”, ser “hechos partícipes del Espíritu Santo”, “gustar de la buena palabra de Dios y de los poderes del mundo venidero”. No debe sorprender tampoco que la total apostasía después de recibir el Evangelio deba ser tan completamente desesperanzada, y que en consecuencia, cualquier profanación del mismo, cualquier pecado contra el mismo, sea tan peligroso según su grado. Si Él, que debe ser nuestro Juez, condesciende aquí a manifestársenos, y ese privilegio no nos hace aptos para Su gloria futura, por cierto nos prepara para Su ira.

Y lo que he dicho sobre los ritos se aplica aún más plenamente a los tiempos sagrados, que incluyen la celebración de muchos ritos. Son tiempos en los que podemos esperar humildemente una gracia mayor, porque nos invitan especialmente a los medios de gracia. Este es un tiempo en particular para la purificación de todo tipo. Cuando Dios Omnipotente descendió sobre el monte Sinaí, a Moisés se le dijo que “santificara al pueblo”, que les mandara “lavar sus vestidos”, y que le “señalara al pueblo un límite en torno al monte”(Ex 19, 10-12), mucho más este es un tiempo para que nos “purifiquemos de toda contaminación de carne y de espíritu, santificándonos cada vez más con un santo temor de Dios” (2 Cor 7,1). Es un tiempo para corregir los corazones y los ojos religiosos, para tener pensamientos graves, para tomar resoluciones austeras, y hacer obras de caridad. Es un tiempo para recordar lo que somos y lo que seremos. Salgamos a Su encuentro con corazones contritos y expectantes, y aunque demore Su

venida, esperémosle en el frío y la tristeza que un día deberá tener fin. De todas formas, deberemos atender a Sus llamadas cuando nos despoje del cuerpo. Anticipemos por un acto voluntario lo que un día nos llegará necesariamente. Esperémosle solemnemente, temerosamente, esperanzadamente, pacientemente, obedientemente. Resignémonos a Su voluntad mientras estamos activos en buenas obras. Recémosle siempre para pedirle que “se acuerde de nosotros cuando llegue a Su reino”, que se acuerde de nuestros amigos, de nuestros enemigos, y que nos visite aquí según Su misericordia para que pueda recompensarnos de acuerdo a Su justicia en la otra vida.